



Uxía Bahía

48



Primera edición: julio de 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Uxía Bahía

ISBN: 979-13-87814-64-9

ISBN digital: 979-13-87814-65-6

Depósito legal: M-14881-2025

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A quienes me ayudasteis
e inspirasteis, gracias.
Gracias por acompañarme
en este despertar.*

«En las penumbras suaves se van desvaneciendo
secretos de inefables memorias melodiosas».

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

II - El alma encendida

NOTA DE LA AUTORA

He aquí un conjunto de historias de ficción conducidas a través de un número, el 48, y publicadas bajo pseudónimo. Pese a todo, hablando de erotismo, lo real y lo imaginario se entremezclan. Como en cualquier otra faceta de la vida hay momentos que nos conducen a recuerdos más o menos similares.

La vida es para disfrutar. Yo me divertí enormemente escribiéndolas. Os deseo que gocéis con su lectura y que ella os inspire para seguir haciéndolo una vez cerréis estas páginas.

EL LECHERO

Entró en una aplicación de citas como sin querer entrar. Se había dado tres meses y, ya casi al final del periodo, le vio. Se quedó observando esa mirada penetrante y, pese a que les separaban casi setecientos kilómetros, le escribió. Él le contestó, y enseguida estaban conectados por WhatsApp. Fueron 48 horas de mensajes, audios, fotografías, vídeos y llamadas. Él vivía en Madrid pero trabajaba en Sevilla. Ella estaba en Pontevedra. Todo eso daba igual, a los dos días de cruzar el primer mensaje él atravesaba España para conocerla.

Novecientos kilómetros después se encontraban frente a frente y se abrazaban. Recorrieron la ciudad cogidos de la mano, abrazándose, acariciándose y comiéndose a besos. Apenas unas horas para separarse. Por la mañana ella se iría a trabajar y él a Madrid.

Tras la cena, la intimidad. Un nuevo abrazo y besos con pasos atropellados hacia la cama. Ven, ponte de pie, le dijo ella. Quiero que nos desnudemos poco a

poco, muy lentamente, y que nuestras manos recorran todo el cuerpo en una caricia. Se desnudaron frente al espejo del armario. Se besaron. Él la giró, la besó y mordió en el cuello. Le agarraba la cintura y le acariciaba el pubis. Sentían como su miembro crecía y golpeaba en su vulva ya totalmente húmeda. Ella se volvió y se besaron en la boca, en el cuello. Él empezó a besar y lamer sus pechos, sus pezones. La agarró por los glúteos. Ella dio un salto y cruzó sus piernas por la cintura de él que la llevó a la cama.

Ella, sentada a horcajadas sobre él comenzó a besarle los labios, las orejas, el cuello. A lamerle el torso, bajando hasta el pubis y besándolo, lamiéndolo hasta el perineo. Peinándolo al tiempo que le besaba los testículos. Se humedeció los labios y, mientras le acariciaba con la mano izquierda los huevos y con la derecha el torso, le lamía el pene. Entero, de abajo hacia arriba, besándole el glande. Lamiéndoselo e introduciéndolo en el calor de su boca. Su pene era tan grande, y estaba tan duro, que apenas sí le cabía. Él, con toda la piel de gallina y un escalofrío recorriéndole el cuerpo, observaba la escena reflejada en el espejo, viendo su enorme polla entrar y salir de su boca, sintiendo la lengua rodeándola.

Le cogió la cabeza y ella le miró. Subió hacia su cara y se besaron una vez más. Las manos de él posadas en las caderas de ella, y las de esta en su ancho

pecho. Se sentó sobre él y sintió su penetrante verga atravesando su vagina. Un estremecimiento de placer recorrió el cuerpo. Comenzó a moverse arriba y abajo, en círculos, suave y rítmicamente. Acelerando a la vez que crecía su deseo. Galopando hacia el frenesí y gritando de placer al alcanzarlo.

Se giró y él se puso sobre ella, con sus piernas rodeándole el cuello. Sintiendo su humedad al entrar. Parando para no eyacular... No, todavía no. La besó y notó como su coñito le apretaba el pene. Reanudó el compás... Pongámonos de lado, se susurraron.

De espaldas a ella le introdujo la polla. ¡Ufff, cómo me pones!, dijeron al unísono. Ella guio la mano de él por su pubis al tiempo que se movían. Lo sentía, notaba su pene erecto entrar y salir, golpear la vagina. El clítoris cada vez más estimulado por sus dedos y sabía que llegaría por segunda vez al orgasmo. ¡Aaahhh! Se estremeció de placer y giró el cuello para que él se lo pudiera morder.

Se besaron y él le dio la vuelta y se puso sobre ella, de espaldas. Besándole el cuello, acariciándole la espalda, abriéndole un poco las piernas, besándole en el perineo, separándole los glúteos y entrando una vez más. Él notó que su polla iba a reventar, ya sentía las primeras gotas. Ella se incorporó poniéndose a cuatro patas, giró la cabeza y vio en el espejo cómo él la tenía sujeta por las caderas, cómo entraba y salía su

enorme pene. Como entraba caliente, hasta el fondo. La respiración de ambos se agitaba.

—Me voy a correr. Mmmm. Tengo mucha leche.

—Hazlo, deseo sentirte, sentir cómo me llenas.

—¿La quieres toda?

—Todaaa, yo también me voy.

Y se fueron los dos. Cayeron sobre la cama, el uno junto al otro, desfallecidos, sonrientes, felices. Al poco ella se levantó, el esperma caía por sus muslos. Se rio y le dijo: Me tengo que ir a trabajar. Me voy a la ducha. ¿Te vienes? Sííí, respondió él cogiéndola de la mano.

LA MARCHA ATRÁS

Se fue antes de irse. Cortó toda comunicación hasta casi desaparecer. 48 horas más tarde la llamada poniendo punto y final: sí pero no, no pero sí, creo esto aunque lo contrario... Al día siguiente el arrepentimiento. No era lo del principio, pero estaban ahí porque había algo que les unía. El deseo.

Fueron días de salir a pasear y regresar con las braguitas mojadas después de hablar con él. De recibir fotografías de ese monumento fálico izado orgulloso entre sus piernas, incitándole a lamerlo, a acariciarlo, a besarlo. Con el ojo del glande ya vidrioso mirándola fijamente, como pidiendo bañarse en la humedad que ella sentía entre sus piernas.

Fueron días de despertarse enrabado, en los que su mano sustituía a la de ella. En los que el lubricante carecía de su olor, y había de cerrar los ojos para ver sus firmes y tersos glúteos apretando el pene, que subía y bajaba como explorador decidido, buscando inútilmente su orto. En los que, al correrse, bañaba su pecho y no el de ella.

Lefa que ella no llegaría a saborear, que sus labios pedían en vano cuando, sentada en el sofá, se tomaba un helado y ensoñaba que era su polla la que lamía. Se imaginaba que él estaba sobre ella con su pene entrando y saliendo de su boca. Que era su verga y no sus dedos, la que bajaba y quedaba atrapada entre sus pechos.

Fueron días de acariciarse el cuerpo entero mirándose al espejo, grabándose en vídeo y sintiendo el contacto de los dedos de él sobre ella... Días en que las duchas se alargaban para liberar su placer, recreándose con los diferentes chorros de agua, acompañando la pastilla de jabón con caricias, compartiéndolo a través de la videollamada.

Fueron noches de dormir desnuda tratando en vano de notar su abrazo, de sentir su pene entrando en ella, como si ese fuera su lugar natural. De soñar que invade su lado de la cama y le despierta con una felación, acariciando sus muslos, metiendo sus testículos en la boca, viendo su gesto de placer en la cara todavía somnolienta.

Fue una de esas mañanas, cuando todavía estaba en la cama tocándose, que sonó el timbre. Era el cartero con un paquete para ella. Era de él. Cerró la puerta y lo abrió apresuradamente por el pasillo, tiró el envoltorio al suelo y vio la caja y una nota. Era, era, era un dildo... Noo. Era SU dildo. El mismo largo,

el mismo ancho, era como tener nuevamente su polla entre las manos. Con brillo en la mirada y una sonrisa en los labios leyó la nota: «Para que tu coño me recuerde siempre».